

SALUD Y FRATERNIDAD.

PERIODICO REPUBLICANO.

Se publica este periódico los Martes, Jueves y Sábados.

A los ciudadanos suscritores se insertarán gratis los anuncios, no

excediendo de diez líneas.

Los anuncios procedentes de los suscritores se insertarán también

gratis, si la Redacción no halla inconveniente en darles publicidad.

Los de los no suscritores, se insertarán previo el abono de 25 céntimos de real por línea del cuerpo 11.

Se suscribe en el casino de La Libertad y en la imprenta de La Concordia, San Andrés 29.

La suscripción en Teruel cuesta cuatro reales al mes; fuera de Teruel, catorce reales por trimestre, debiendo anticiparse el pago.

La correspondencia se dirigirá a la Redacción.

SECCION POLITICA.

La nivelación del presupuesto.

II.

Desde hace muchos años se ha hecho de moda no discutir los presupuestos en las Cortes.

Está a la orden del día el sistema de las autorizaciones.

Por seguir la moda, no se han discutido tampoco los presupuestos en la famosa y aprovechada legislatura de 1871.

Es más cómodo el sistema de autorizaciones, aunque sea ruinoso, anti-económico, fatal para el país.

Y lo es, sin duda alguna, porque pone la Hacienda pública en manos del Gobierno, que la deja siempre mal parada.

Todos los gobiernos, y mucho más los llamados monárquico-representativos, propenden a gastar mucho y no economizar nada.

Por eso el mal estado de nuestra Hacienda ha ido creciendo de año en año, hasta el punto de hacer casi inminente la bancarrota.

Desde que tenemos en España gobierno representativo, y muy especialmente después de la gloriosa de Setiembre, viene el pueblo español pidiendo reformas, economías en todos los ramos de administración pública.

Pero los clamores del pueblo no se han querido oír, no se oyen, ni acaso se oirán nunca.

Por eso el hombre pensador que ama sinceramente a su patria, no puede menos de asombrarse y entristecerse.

Observa de continuo que los grandes esfuerzos, los heroicos sacrificios hechos por el pueblo español para ob-

tener, a la par de sus de echos políticos, un sistema de hacienda más económico, se estreñan siempre ante el interés, la ambición y el egoísmo de unos, la torpeza, el empirismo de otros.

Un día, y otro día, y siempre han venido aumentándose los gastos de nuestra administración de una manera que asombra.

Y, naturalmente, aumentándose los gastos, no pueden disminuirse los impuestos.

Hanse recargado las contribuciones hasta el punto de que el contribuyente no puede satisfacerlas.

Se han realizado cuantiosos y ruinosos empréstitos que, aumentando considerablemente nuestra deuda, van haciendo casi imposible el pago de los intereses.

Y seguro es que, siguiendo así, caminamos sin remedio a una inevitable y estrepitosa bancarrota.

Triste es decirlo, pero es demasiado cierto, que progresistas, moderados, unionistas, demócratas, todos en el poder han sido y son lo mismo en la gestión de Hacienda: no disminuir, ó disminuir muy poco los gastos, aumentar siempre los impuestos.

Y como generalmente el presupuesto de ingresos es mucho menor que el de gastos, resulta cada año un déficit considerable; y como precisa consecuencia, el aumento de tributo.

Y luego vienen en pos los empréstitos, las emisiones, esas llamadas operaciones de crédito que, por muy ventajosas que aparezcan, son ruinosas para el país.

Y ¿qué resulta de este fatal y desastroso sistema económico, mejor dicho, de la empírica rutina seguida por nuestros gobernantes?

Que el país se empobrece cada vez

mas, porque decae visiblemente la agricultura, se destruye la industria, desaparece el comercio en medio de esa general parálisis que le consume y aniquila.

Esto no es una paradoja: es una realidad.

Desde el año 1850 al 55 pagabamos por contribución territorial 300 millones de reales.

De 1856 al 57, 350 millones.

De 1858 al 64, 400.

De 1865 al 68, 450.

De 1869 al 70, 473.

Y hoy pagamos 602, sin contar los gastos de recaudación.

De modo que, en el trascurso de veinte años, ha sufrido la contribución territorial un recargo de 302 millones.

Y, como si este aumento no fuera bastante considerable, se han realizado cuantiosos y muy perjudiciales empréstitos.

Se ha consumido el inmenso y fabuloso producto de la venta de bienes nacionales.

Se ha recargado mas de un 10 por 100 la contribución industrial y de comercio, y sigue recargándose.

Se ha impuesto al país una contribución indirecta, absurda y monstruosa por lo desigual, con las cedulas de empadronamiento.

Se ha restablecido la odiosa contribución de consumos, que, si bien se destina para subvenir á los gastos municipales, no por eso deja de ser perjudicial, abusiva, por gravitar sobre las clases pobres y menos acomodadas.

Se pretende gravar todavía más al país recargando las contribuciones, sin tener en cuenta el angustioso estado de miseria en que hoy se halla, ni los exiguos productos de su mermada riqueza.

Y, como complemento á la grande obra económica de nuestros entendidos hacendistas, se ha destruido completamente la administración municipal, hasta el punto de que los ayuntamientos no pueden hacer frente á sus más perentorias y sagradas obligaciones.

Ahora bien, ¿puede continuar este desastroso sistema económico, que pudiera calificarse con mucha oportunidad sistema de trampa adelante?

¿Podemos seguir por más tiempo gastando mucho más de lo que nuestras rentas producen?

¿No hallarán medio nuestros hábiles economistas de nivelar los gastos con los ingresos?

Desgraciadamente, por lo que estamos viendo, se sigue opuesto sistema.

El cáncer que devora nuestra Hacienda es incurable, porque se va haciendo crónico.

Nuestros famosos hacendistas, aunque saben, no quieren aplicar un remedio radical.

Hoy nos hablan las gentes de la situación de grandes economías, de la nivelación de los presupuestos.

Pero esas economías son ficticias, ilusorias para el pueblo, que paga lo mismo ó acaso más.

Y la tan cacareada nivelación no se hará, porque no pueden hacerla los hombres de la situación.

En una monarquía democrática, donde tanto gastan y despilfarran los antiguos y modernos servidores, á expensas del país, no hay, no puede haber reformas económicas.

No se nivelarán los presupuestos. ¡no! ¡no! ¡no!

Y si se nivelan será todo pura apariencia, fantasmagoría; nada de realidad.

Se continuará.

Victor Prunedá.

LOS CONSERVADORES.

En todas las transacciones humanas el precio de las cosas varía, según la estimación general que se las da.

Como no ha podido realizarse, Jesús que lástima!, la transacción entre Zerillistas y Se-gastistas, la estimación general no puede fijar el precio de los unos ni de los otros.

Parécenos que, como cosa de poco valor, salvo el presupuesto, el precio sería en un caso, y lo es en el otro, de los más ínfimos.

Pero, ¿qué diablos!

El partido republicano federal está de enhorabuena.

Mucho, mucho hubiera ganado con la tan deseada unión, fusión ó transacción; pero nada pierde con la des-unión, no fusión ó in-transacción.

Verdad es que se aumentan los conservadores.

Nos tiene sin cuidado.

Los conservadores son bien poca cosa en el país perdido.

La conservación de los conservadores es conservar cosas contrarias al pueblo y á la libertad; hacerse dueños del presupuesto.

Por eso el pueblo los mira de reojo.

Hoy están llenos de satisfacción, orgullo, petulancia y otras cosas más.

Contaban con los moros fronterizos, ya cuentan con la gran fulange de progreseros de la pandilla capitaneada por Se-gasta.

Con que, republicanos federales, no hay que preocuparse ni asustarse por tan poca cosa.

Quiere decir que la cuestión de pro y mando ha convertido en conservadores y hombres de orden, á ciertos hombres revolucionarios, conspiradores de oficio, que han promovido pronunciamientos, motines y asonadas, para mandar y medrar.

Los nuevos conservadores son una turba de proteos, camaleones y vividores políticos á la alta escuela.

Ellos, angelitos! han adoptado todas las formas para medrar.

Han profesado todas las opiniones, afiliándose á todas las pandillas en provecho propio.

Cuando les ha convenido se han hecho progreseros, demócratas, republicanos, unionistas, y hasta realistas, para embaucar al pueblo, según las circunstancias.

Más tarde han renegado, volviéndose conservadores y aristócratas insolentes.

Esos grandes señores, que de pequeños que eran se han vuelto grandes, no tienen patria, ni fé política.

El presupuesto, el presupuesto.

Pero nos da una risa, que no podemos contener, al acordarnos de lo que han sido, los grandes políticos... de pacotilla que de progreseros se han vuelto conservadores.

Y á propósito, nos viene á las mientes un cuento que hemos leído no sabemos donde.

«He reparado, decía uno, que puestos los hombres en determinadas circunstancias, suelen obrar de un mismo modo.

«Por ejemplo, déle V. el poder á un progresista y le verá obrar como moderado. Colóquele V. en la oposición, y parecerá republicano; y lo mismo sucede con los unionistas.

«Yo tenía un amigo y condiscípulo que, cuando íbamos á la escuela, era más pobre que las ánimas benditas (cuando las ánimas son pobres, y ricos los mayordomos.)

«Fué mi amigo creciendo en edad; pero no en bolsillo. Andaba siempre triste y abroncado como el que no tiene una peseta. Dióse entonces á leer las obras de Proudhon, y exclamaba con toda la fuer-

za de convicción del que tiene hambre: «¡Es cierto: la propiedad es un robo!»

«La suprema ley es la conservación le hizo dedicarse á pintarragear santos más feos que su situación; pero vea V. que cosa: la gente pobre, que en materia de artes suele ver con los ojos de la fé más que con los de la cara, se los quitaba de las manos.

«Cuando mi amigo tenía cubiertas sus necesidades, confesaba que el comunismo era un absurdo contra las leyes de la naturaleza, y que era más racional el socialismo que establecía distinciones entre los individuos, y donde la inteligencia tenía su precio según tarifa.

«Con su inganío, y un poco que le sopló la fortuna, tuvo algo más, mi buen amigo, y llegó á ser contribuyente. Esto último le supo mal: clamaba por un gobierno barato, y se hizo republicano.

«Sin embargo, empezaban á repugnarle los instintos de la gente roja de su partido: le chocaba la familiaridad de los modales democráticos: le asustaba aquella especie de vértigo que reinaba en los clubs, y se dió á pensar si es preferible la libertad con un trono ó la libertad con un presidente.

«Decidióse, en fin, á ingresar en el partido progresista, diciendo para sus adentros: ¡Qué diablos! todo se sale allá; progresistas y demócratas, se dirigen á un mismo punto y, tanto monta, si en segunda como en primera.

«En esta posición se había colocado, cuando sus nuevos amigos políticos le nombraron diputado.

«A todo esto iba enriqueciendo y al par de la fortuna, pero en contrario sentido; cuando esta iba para arriba, su termómetro liberal venía para abajo.

«El cargo de diputado no satisfacía su amor propio. Era rico y lo que necesitaba era honores; puso la proa á un asiento en el Senado, y en una de las hornadas que han sido tan frecuentes en estos últimos años, consiguió sus deseos. Desde tan elevado puesto le parecían medianas las grandes figuras, pequeñas las medianas, y hervideros de insectos las turbas. Llamaba fieras á los comunistas; tontos á los socialistas; salvajes á los demócratas; perturbadores á los progresistas, y estaba á punto de hacerse neo cuando le sorprendió la muerte.»

«Puede aplicarse el cuento, que viene como de molde, á la pandilla progresera de Se-gasta convertida en conservadora.

V. P.

Ciento noventa y uno, número fatídico, fueron los diputados que en la sesión del 10 votaron la proposición de haber oído con gusto las declaraciones del Gobierno contra la Internacional; y como las declaraciones del Gobierno se reducen á negar la legalidad de esta asociación, resulta que ciento noventa y un diputados se oponen á que sea una verdad el derecho de asociación y de reunión consignado en el tí-